Crítica

FERRATER MORA, José: *El ser y la muerte. Bosquejo de filosofía integracionista.* (Ensayistas Hispánicos. Aguilar, S. A. Madrid, 1962.)

RECLUIDO en su apacible y laborioso retiro de Bryn Mawr, grato enclave de ciencia y pedagogía en la selva de Guillermo Penn, el filósofo José Ferrater Mora va madurando sin prisa ni pausa su pensamiento y su estilo. Optima prueba de una y otra cosa es el libro que voy a comentar. A los quince años de su primer contacto intelectual con el tema (*El sentido de la muerte*, 1947), Ferrater nos ofrece, en efecto, una versión de él harto superior a la primera: más profunda y rigurosa; más cuidadosamente atenida al saber, punto menos que inabarcable, del tiempo en que aparece; tocante no sólo al «sentido» de la muerte, mas también, como ya el título indica, a la relación entre la muerte y el «ser»; incluida en un prometedor esquema ontológico general y emergente, a la vez, de éste; expresada, en fin, en un lenguaje más suelto y ágil, más resueltamente vocado a la precisión léxica y sintáctica. El tema de la muerte, tan exasperado y exasperante en la literatura filosófica posterior a Heidegger, es tratado ahora *sub specie vitae*, mejor, *sub specie realitatis*, con toda la serenidad deseable.

Se trata de dar apurada respuesta filosófica a esta interrogación: ¿Qué es lo que muere? Mueren, por supuesto, los hombres. Mueren también los restantes seres vivos, desde el chimpancé hasta la bacteria; más aún, hasta el virus. En la muerte, según esto, ¿habrá de verse una «propiedad» de la materia viva, cualquiera que sea el grado de la organización de ésta? ¿O no acaecerá más bien que la muerte de un hombre o la de un orga-

nismo no pensante son modos particulares de un fenómeno que afecta esencialmente a todos los órdenes de la realidad intramundana? Como hay una *analogia entis*, ¿no habrá también una *analogia mortis*? Construir con rigor intelectual esta *analogia mortis* ha sido la ardua tarea que Ferrater Mora se ha propuesto en su libro.

Para llevarla adecuadamente a término, nuestro filósofo recurre a una actitud ontológica original, que él llama *integracionismo*. He aquí sus puntos principales: 1.º En la realidad no hay «absolutos». Los llamados «absolutos» —materia y espíritu, objeto y conciencia— son más bien conceptos-límites que designan «realidades-límites» y no realidades efectivas. 2.º Todo ente real, electrón, caballo u hombre, se halla efectivamente entre uno y otro extremo de esa serie de contraposiciones polares, aunque más o menos próximo, según los casos, a uno o a otro. El hombre, por ejemplo, es más espíritu y menos materia que la arcilla. 3.º Para la intelección ontológica de un ente real, la mente debe estudiarlo dinámicamente según la doble dirección que cada contraposición polar establece en su línea, e integrar lo que de ese cambiante proceso intelectivo resulte. No se trata de un fácil eclecticismo o de una habilidosa combinación de doctrinas; trátase de una «integración doctrinal» subtendida ónticamente por la «integración real» propia del ente en cuestión.

Provisto ya de instrumento ontológico adecuado, Ferrater divide su pesquisa en cuatro partes: la muerte en la naturaleza inorgánica; la muerte en la naturaleza orgánica; la muerte del ser humano; supervivencia e inmortalidad. Y fiel a lo que de tan patente modo exige el título mismo de su libro, antepone a cada una de las tres primeras partes una sucinta, pero riquísima y en no pocos puntos original teoría ontológica de la realidad sobre que respectivamente versa, la materia inorgánica, el organismo viviente y el hombre. Tal es, en muy sumario esquema, el contenido de *El ser y la muerte*.

No puedo ni debo intentar aquí una reseña pormenorizada de lo conseguido en esa cuádruple indagación, tan firme y elegantemente apoyada en la especulación ontológica —«Este libro es a la vez sistemático y ontológico», dice su autor en una de las primeras páginas— y en los más finos y actuales saberes de la física, la biología y la antropología. Me limitaré, pues, a contraponer algunos de los resultados obtenidos por Ferrater Mora frente a los dos modos extremos de la realidad «mortal»: la materia inorgánica y el ser humano.

Toda realidad, nos dice, es a la vez «externa» e «íntima», posee un «fuera» y un «dentro». Toda realidad, por otra parte, tiene simultáneamente un «ser» —se define por lo que ella «está siendo», por la patencia de su entidad— y un «sentido», una significación relativa a lo que ella no está siendo y puede ser. Pues bien: la materia inorgánica, átomo, roca o cristal, es el modo efectivo de la realidad en que más claramente predominan la exterioridad sobre la intimidad y el ser sobre el sentido; de ahí que la «muerte» —más neutra y genéricamente: la «cesación»— sea para ella mera desintegración extrínsecamente determinada, y también que en ella la cesación sea mínima. Muy otro es el caso del hombre. En la realidad humana, en efecto, predominan del modo más enérgico la intimidad sobre la exterioridad y el sentido sobre el ser: por esto es «histórica», «dramática» y «entrañable» tal realidad, y por esto el hombre muere «desde dentro», con muerte que le pertenece «en propiedad» —para él la muerte es «propia», en un sentido transrilkiano de tal expresión— y presta interno sentido a cada uno de los actos de su vida. «El vivir humano representa, dentro de la serie de los entes —escribe Ferrater—, aquella forma de realidad en la cual el sentido ha acabado por predominar de tal manera sobre el hecho, que puede incluso decirse que un hecho lo es para el hombre únicamente en la medida en que posee sentido. Que la muerte *revierta* sobre la vida, que sea algo *interior* a ella, que le *pertenezca*, significa, pues, que el morir permite a la vida adquirir su propia realidad, ontológicamente distinta de las otras y en parte inconmensurable con ellas.»

«Estas conclusiones a la carrera pueden considerarse como puntos de partida para un estudio más parsimonioso del asunto que nos ocupa», dice lealmente Ferrater, respecto de las que siguen al capítulo «Muerte, supervivencia e inmortalidad», en la última página de su libro. Quiera Dios que ese estudio llegue pronto; y con él, el que de pasada se nos promete acerca del sentido de la creación. Y puesto que nada acredita tanto el agradecimiento del lector al autor como la formulación de alguna observación amistosa acerca de lo leído, yo, lector agradecido, me atrevo a terminar esta reseña con las cinco siguientes: 1.ª Puesto que en las páginas de *El ser y la muerte* se distingue temáticamente entre ontología y metafísica, valdría la pena proponerse de frente esta pregunta, básica y decisiva, a mi entender, para una elaboración plenaria del «integracionismo»: ¿cómo tiene que estar metafísicamente constituida la realidad para que en su diversa constitución efectiva se integren y en su

consideración ontológica hayan de ser integrados los varios «polos absolutos» que como «realidades-límites» y «conceptos-límites» aparecen en los análisis de Ferrater? 2.ª Para extremar la precisión en la terminología, ¿no sería conveniente decir explícitamente «realidad intramundana», y no «realidad» a secas, cuando por ejemplo se afirma que «ser real es ser mortal» (pág. 75 *et passim*)? 3.ª A mi modo de ver, la «intimidad» propia del ser humano es la única que verdaderamente merece ese nombre superlativo. «Exterioridad-interioridad» es la contraposición polar correspondiente al modo de aparición de las estructuras no humanas, sean éstas minerales u orgánicas; «exterioridad-intimidad», la contraposición propia del hombre. El carácter «entrañable» de la vida humana no es sólo «culminación y como exasperación de la interioridad» (pág. 94); esa «exasperación» es más bien, respecto de la interioridad de las estructuras no humanas, una innovación fundamental, un verdadero *saltus in aliud*. En suma: hay que distinguir con todo rigor fenomenológico y metafísico entre lo «interior» y lo «íntimo»; y luego, agustinianamente, entre lo «íntimo» y lo *interior intimo*. 4.ª Pienso que para el hombre la muerte *es* propia y *debe ser* apropiada: propia, *la* muerte; apropiada, *tal* muerte. Sólo así puede ser el morir un acto personal. Y por otra parte, sólo así puede ser satisfactoriamente completada la radical insuficiencia de la hermosa y citadísima sentencia de Rilke: *O Herr, gib jedem seinen eignen Tod!*, «¡Señor, da a cada uno su muerte propia!» Mejor sería decir: «¡Señor, haz que cada uno sepa hacer suya —se la *apropie* personalmente— la muerte que le toque, cualquiera que ésta sea!» Pásase así de una visión «estética» a una visión «personal» del morir humano. 5.ª La interna melodía del libro pide con urgencia un desarrollo más amplio del capítulo tocante a la supervivencia y la inmortalidad. ¿Por qué, de hecho, puede creerse y puede no creerse en la inmortalidad del ser humano? ¿Por qué todo hombre cabal tiene que debatirse alguna vez con el problema de creer o no creer en su propia inmortalidad? ¿En qué medida tal necesidad de la mente humana —con otras palabras: en qué medida el hecho ineludible de vivir el hombre inmerso en la cuestión de la inmortalidad— arguye efectivamente en favor de ésta?

Preguntas, ávidas preguntas de un lector caviloso y engolosinado. Y debajo de ellas, una viva gratitud intelectual a quien tan bella y limpiamente, con tan sutil y alquitarado *seny*, va dando feliz sazón y expresión legible a su propio pensamiento filosófico.—*PEDRO LAIN ENTRALGO.*